

—Buenos días, Juan.

Los domingos, días en que las dos Azucenas iban con la tía Cármen, su buena madre, al templo, se encontraban Alicia y Juan; ella bajaba la vista y un vivísimo carmin teñía sus mejillas; él se apoyaba en la pared para no caer, y no se dirigían ni un saludo ni una mirada.

Hacia tiempo que el tío Márcos espiaba una ocasión oportuna para enlazar á los dos amantes, y hacer cesar las hablillas que comenzaban en el pueblo, y ya hemos visto como, con el auxilio del vinillo de Pésaro, había llevado á cabo su intento.

Juan fué á devolver su visita al tío Márcos pasados algunos días, y pidió oficialmente la mano de Alicia.

Dos meses despues habia nueva fiesta en la casita del molino; el feliz propietario se enlazaba por toda su vida con la encantadora Alicia, su primero y único amor.

VI.

La bella Marietta.

Durante algunos años la dicha y la abundancia reinaron en aquella pequeña y agradable mansion levantada por la gratitud y santificada por el casto amor de sus felices propietarios.

El señor del castillo iba á menudo á visitar á Juan el largo y á recrearse en su obra; pero al fin una cruel enfermedad le arrebató del seno de sus buenos y agradecidos amigos que le lloraron amargamente, mas que por sus bondades para con ellos, por las virtudes de su corazón y por la afabilidad con que acogía á los pobres, prendas raras en los magnates de todos los países y de todas las épocas.

Los herederos del castellano, avaros y ceñudos para con los pobres, anunciaron á Juan que no podían seguir abonándole la pensión que le habia concedido su protector, y hubieran querido arrebatarle tambien la pequeña casa de que le habia hecho donación; pero la escritura pública en que constaba este ac

to tenia todas las formalidades requeridas por la ley, y la avidez de los nuevos castellanos tropezó con la legalidad de las formas del contrato.

Juan el largo tuvo que recurrir á un trabajo asiduo para atender á las necesidades de su familia que ya era bastante numerosa, y pudo, á fuerza de honradez y de laboriosidad, conjurar la miseria cuya espantosa imágen habia batido un momento sus alas sobre la bella casita del molino.

Una vez que Juan y su linda esposa pagaron á la naturaleza el debido tributo, la casa pasó de generacion en generacion á sus descendientes, y en la época en que conviene á la inteligencia de nuestra historia que penetremos en ella, la habitaban una buena vieja viuda y sexagenaria, y una linda jóven, como de diez ocho años, que habia heredado los encantos y las virtudes de la muger de Juan el largo.

La buena Marta, que así se llamaba la anciana viuda, estaba en esa edad en que cada palabra que se pronuncia es una impertinencia, cada accion que se ejecuta una niñería, y en la que, á dos pasos del sepulcro, parecen los hombres aferrarse con todas sus fuerzas á la vida y querer que todos vivan para ellos y estén pendientes de sus menores voluntades para satisfacerlas.

Marietta era huérfana de padre y madre. La conscripcion habia llamado al autor de sus dias á servir bajo las banderas del rey Joaquin, y herido en el pecho por una bala austriaca, murió gloriosamente en las llanuras de Bolonia.

Su muger no le sobrevivió mucho tiempo; y la pobre Marietta, sin mas herencia que la casita del molino y un mal telar, en cuyo manejo estaba afortunadamente muy diestra, tuvo que ganar con el trabajo de sus manos la subsistencia para ella y para la anciana Marta, su abuela, que habia sobrevivido á todas las vicisitudes por que pasó la descendencia de Juan el largo.

Marietta tenia, como hemos dicho arriba, diez y ocho años, y era bellísima; sobre su alba y candorosa frente caian sedosos rizos de color oscuro, no formados por el arte sino por la naturaleza; sus grandes ojos negros y de un mirar dulce y melancólico, sombreados por largas y rizadas pestañas, estaban coronados por dos cejas, negras tambien, que parecian dibujadas con pincel maestro y formaban dos arcos perfectos y simétricos; su nariz, que á no ser por su transparencia y por una ligera contraccion que la hacia muy graciosa se habria dicho que estaba modelada en cera, la formaban dos líneas rectas que se unian en su extremidad haciendo un ángulo agudo, y sus ventanillas color de rosa eran pequeñas y graciosamente ovaladas; sus labios, ligeramente gruesos, pero de una frescura y un color admirables, eran hechiceros y de un contorno especial: parecian hechos expresamente para dar y recibir besos, y al contraerse con una sonrisa se proyectaban en sus extremidades dos graciosos hoyuelos y dejaban ver dos hileras de dientes no muy pequeños, pero blancos, iguales y brillantes; tenia un hoyuelo en la extremidad de la barba, y un cútis pálido y trasparente daba á esta singular hermosura el aspecto de una creacion de Médicis ó de Canova.

Causaba compasion ver á aquella niña pisando con sus bellos y pequeños piés los pedales del telar, y pasando de una á otra de sus pulidas y encantadoras manos la negra lanzadera de ébano; y sin embargo, Marietta era feliz. Acompañaba su trabajo con un dulcísimo canto que comenzaba por extasiar á la abuela Marta y concluia por adormecerla.

El cuadro entónces era digno del pincel de un gran maestro. Al frente del telar, aquella criatura que parecia de otro mundo por lo poético y hermoso de su figura; á sus piés la pobre vieja con la cabeza enteramente blanca y medio cubierta con una còfia de lienzo del mismo color, con el rostro surcado por mil arrugas, y durmiendo sobre una labor de agujas intermina-

ble, un arcon y algunas sillas de madera, sin pintura ni barniz sirviendo de ajuar á toda la pieza, en cuyas blancas paredes se veian en marcos negros algunos grabados que representaban figuras de santos, y todo esto alumbrado por un candil de tres luces que proyectaba una dudosa claridad sobre el telar y las dos personas que se hallaban cerca de él, y dejaba el resto de la pieza casi en tinieblas.

Asi pasaban su vida aquellos dos séres tan diferentes en edad y en figura como en carácter. Marietta trabajaba todo el dia y parte de la noche; la buena Marta dormia ó regañaba; y los domingos, vestidas las dos con sus mejores ropas, asistian á la iglesia de S. Juan, la mas cercana para ellas, á la misa y á los oficios.

Su servidumbre se componia de un mozuelo que se llamaba Carlos, encargado del cuidado de la puerta y del aseo de la casa, y de la vieja Angela que se alababa de ser la mejor confeccionadora de los célebres macarrones, y á cuya alta sabiduría estaba encomendada la cocina.

Cuando Marta y su nieta se dirigian á la Iglesia de San Juan, los mozos que encontraban al paso lanzaban exclamaciones de admiracion al contemplar la peregrina hermosura de Marietta, y los mas atrevidos le decian flores que ponian extraordinariamente ufana á su abuela.

Marta decia á las comadres del barrio que le agradaba salir á la calle con su nieta, porque los piropos que le decian los mozos le recordaban sus buenos tiempos, y le probaban que la raza de Juan el largo no habia degenerado, y que Marietta era tan linda y seductora como ella misma lo habia sido en sus floridos años.

En cuanto á la pobre niña, oia sin conmovirse los cumplimientos que le dirigian, y condenada por la suerte á trabajar para vivir, olvidaba los lúnes cantando y haciendo mover el telar la admiracion y el entusiasmo de que era objeto los domingos.

VII.

Una nube.

Acabamos de decir que Marietta era feliz, y estamos seguros de que mas de una lectora ha sonreido desdeñosamente al leer esta frase.

Para la mayor parté de las mujeres no puede haber felicidad perfecta sin amor, y esto se concibe; amar y ser amadas es la mas agradable y mas general ocupacion de las encantadoras personas que componen la parte de la humanidad llamada con universal aceptacion el bello sexo.

La belleza, la coqueteria, el afeite, la elegancia en el vestir, el cultivo del entendimiento, todo, en una palabra, es en las mujeres un medio; el amor es el fin, el objeto supremo. Pero al tocarle, ¿se encuentra en él la felicidad soñada? Deseariamos que nuestras bellas lectoras llevaran la mano al corazon y nos dijesen, sinceramente si posible fuere, si la realidad que han tocado correspondió á su ilusion; y nos lisonjéamos de que mas